

Del Cuaderno Secreto

por Sebastián Salazar Bondy

56

LITERATURA FEMENINA Y SINCERIDAD

En general, las escritoras procuran disimular tras el estilo su condición femenina, lo cual no sólo afecta a la sinceridad creadora —a esa naturalidad fluyente y cristalina que caracteriza toda obra literaria digna de consideración—, sino también equivale a una merma de la entrega que todo autor hace de sí mismo en su creación. Excepto aquellas cuya feminidad es escasa o sencillamente nula, pocas mujeres han logrado tal ocultamiento y la ficción consecuente. Virginia Woolf, por ejemplo, es una de ellas. En cambio —si prescindimos de Teresa de Jesús, en cuya palabra se conjugan una suerte de impersonalidad sexual con una entonación candorosa y maternal—, las literatas que se han destacado, desde Catalina de Siena y Sor Juana Inés de la Cruz hasta Khaterine Mansfield, Selma Lagerlof o Gabriela Mistral, han puesto en sus libros, en algunos casos magnificados, los caracteres espirituales, psicológicos y sociales propios de su sexo. La notable novelista norteamericana Mary Mac Carthy —cuya colección de relatos titulada "Mujer, ¿en qué compañía andas?" obtuviera desde el día de su aparición un extraordinario éxito— es un ejemplo vivo de cuán ardiente resulta una narración que se inspira en motivos típicos del mundo femenino y es como un mirador a través del cual se ve el mundo desde aquel ignoto ángulo de la mujer. Si Simon de Beauvoir no poseyera esa inteligencia desmenuzadora, un tanto masculina, que pulveriza los hechos y las ideas, sus novelas estarían más cerca del arte (la novela es, quién lo duda, una obra artística) y la lectura de sus libros sería más seductora. La sinceridad literaria es fruto de un desprendimiento de prejuicios, y ningún prejuicio más nocivo en una mujer que escribe que el de considerarse aminorada por su condición de tal. La lista de las Emily, Dickinson, Edna Saint Vincent, Carmen Laforet, Collete, Estela Canto, María Luisa Bombal, etc. es una relación de aquellas que consiguieron la victoria de la libertad sobre su secular servidumbre.

TAMBIEN RIVA AGUERO

En Riva Agüero leo unas palabras que juzgo extraordinariamente significativas. Aludiendo a la admiración que los emancipadores tuvieron hacia el pasado incaico del Perú —a lo cual Menéndez y Pelayo llamó inoportuna ilusión local americana— dice: "...yo mismo, en mi primer escrito, sostuve con fervor la opinión de mi maestro (Menéndez y Pelayo), llevado por mi excesiva

hispanofilia juvenil y por mis tendencias europeizantes de criollo costeño. A medida que he ahondado en la historia y el alma de mi patria, he apreciado la magnitud de mi yerro. El Perú es obra de los Incas, tanto o más que de los Conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio". No deja de ser impresionante que en un escritor tachado corrientemente de colonialista firme un alegato tan severo en defensa del Perú indio y mestizo. Se trata de un admirable ejemplo de consecuencia consigo mismo y con la verdad inapelable de la esencia nacional. Especialmente ahora que tantos y tantos viven ahitos de dichas "tendencias europeizantes de criollo costeño", puestos los ojos en París o Madrid, ávidos de un retorno a la matriz occidental, negativos para con todo lo propio o indiferentes hacia nuestra vida que es, al mismo tiempo, nuestro drama. La lectura de este párrafo me ha decidido a revisar las páginas de todos esos escritores que, por pereza mental y por cierta desidiosa mala costumbre de aceptar los marbetes consagrados como definiciones intachables, tenemos por ajenos a nuestras preocupaciones peruanistas o americanistas.

DEPORTE E "INTELIGENTZIA"

Cuando asisto a un partido de fútbol, no falta el conocido que al verme ahí, a veces enardecido por el desarrollo del partido que especto, se sorprende enormemente. En realidad, tal estupor responde a la ingenua idea que se tiene de la gente dedicada a las letras, a las artes, a la cultura en general. Se piensa que ese sector de la humanidad que suele denominarse la "inteligentzia" está reñido con el deporte, con el ejercicio físico. Ante tal "elite", la mayoría adopta una actitud que mezcla curiosamente el respeto y el desprecio. Respeto al uso de la facultad más penetrante e implacable del hombre, y desprecio hacia la incapacidad que los intelectuales muestran con relación a la vida práctica. La culpa de esto la tienen, en cierto modo, los propios intelectuales —especialmente aquellos que moran en las asfixiantes torres de marfil—, quienes se ha divorciado, por un prurito de desvitalización consciente, de la existencia del hombre común, que debiera ser precisamente su lector, su público. Cuando alguien me encuentra en el fútbol y se admira de mi presencia allí, no demuestra otra cosa que un flagrante desconocimiento de que la inteligencia no es una mutilación sino un enriquecimiento...

La Prensa, 8 de agosto de 1953, p. 8